

LA NARRATIVA DE MIGUEL ÁNGEL LEAL MENCHACA

ARTURO TREJO VILLAFUERTE*

*Para Josefina, Tisbe y Trilce, mis amores,
y para la terrible Musa que me inquieta y conmueve.*

*A José Emilio Pacheco, por todo lo que nos ha dado.
A Gustavo Sainz, por todo lo que me enseñó.*

[El estado de Zacatecas cuenta, entre otros tantos atractivos y riquezas turísticas y culturales, con cuatro grandes narradores —entre otros—, que lo honran: Alberto Huerta (13 de enero de 1945), Severino Salazar (Tepetongo, 12 de junio de 1947), Juan Gerardo Sampedro (8 de octubre de 1955) y Miguel Ángel Leal Menchaca (Fresnillo, 24 de abril de 1950). De los dos primeros me he ocupado en su momento con un ensayo y algunas reseñas, el tercero es aún joven y está construyendo su obra, y ahora quisiera ocuparme del último, quien tiene, hasta el momento, cuatro libros publicados.

Cuando me encontré con los libros de cuentos de Miguel Ángel Leal Menchaca, me sorprendió porque, de nueva cuenta, tuve que reflexionar sobre las múltiples posibilidades y la riqueza del género sobre todo en los aspectos temático y estilístico. Tanto en *Ansiedad que persigue*, su primer título publicado en

* Profesor investigador de la Universidad Autónoma Chapingo e integrante del Programa Universitario de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades de la misma institución.

1994, como en *Obituario* —el segundo(1995)—, *Mujeres abordando taxi* (1997), su tercer volumen, luego con *Doce de cal* (2001), y el más reciente título publicado hasta el momento: *De veras, maestro* (Daga Editores, México, 2001, 116 pp.), la narrativa del autor que nos ocupa no se disfruta, en el sentido estricto del término, sino que se padece, se sufre.

Las historias contenidas en sus volúmenes, son hilarantes y cruciales, ejecutadas por personajes —como los que creaba y pedía José Revueltas— contingentes, siempre por suceder, en los extremos de la vitalidad o de la sordidez, pero en espera de lo que sucederá que los redimirá o envilecerá sin remedio: el sino terrible de la existencia humana donde se mezclan naturaleza y socialización para formar el carácter histórico del hombre, que le da su característica de finito y a la vez de inmortal como humanidad; lo paradigmático y paradójico del ser y del hacer humano. Pero mientras que la Historia nos señala como significativos a los grandes acontecimientos que marcan a la humanidad, en los cuentos de Leal Menchaca hay un muestrario de destinos y de calvarios que culminan, en algunos casos, con muertes sublimes y trágicas (como si no estuviera de más decir que todas las muertes son trágicas).

Ansiedad que persigue (Ed. Universidad Autónoma Chapingo, México, 1998, 78 pp.) es el primer volumen publicado por Miguel Ángel Leal Menchaca y en él reúne un conjunto de textos opresivos, angustiantes, paradójicos —esta última característica la manejo como una constante del autor que ahora nos ocupa, en un ensayo muy amplio sobre tres autores de mi generación, los otros dos son Emiliano Pérez Cruz y David Martín del Campo— y sumamente cotidianos, puesto que lo planteado por el escritor zacatecano en ellos no es fantástico ni maravilloso, sino lo *normal* y lo habitual, a lo que está expuesto cualquier mujer u hombre en nuestro tiempo.

Los diecisiete relatos ahí reunidos tienen diferentes grados de intensidad y, unos más que otros, logran atrapar al lector y sumergirlo en esas, a veces, delirantes escenas que Leal

Menchaca describe con pulcritud, en algunas, y con barroquismo en otras. Entre fondo y forma, en muchas ocasiones gana la primera porque la anécdota estremece y aprehende; en otras gana la segunda porque independientemente de la anécdota, el autor es minucioso y sus palabras forman un tinglado que no permite ver un más allá sino sólo lo que él quiere mostrar.

Otra característica de los relatos ahí reunidos son algunos finales abiertos, ambiguos, donde no termina de saberse qué va a pasar o qué fue realmente lo que ocurrió. Eso sucede en el cuento que le da título al libro, "Ansiedad que persigue", donde la bella Elena aparentemente queda encinta, pero nunca se sabe de quién. Igual sucede en "La vigilia estéril" y otros más. Esa misma ambigüedad se registra en el texto llamado "La mentira", donde nunca se llega a saber de quién son las hijas y cuál es la relación de ellas con el supuesto padre: ¿incesto?, por ejemplo. Esa misma circunstancia campea en "Ella", donde se recuerda de inmediato el primer cuento publicado por Julio Cortázar: "Casa tomada"; puesto que el ambiente que plantea "Ella", además de opresivo, es de total envolvimiento y, conforme se avanza en el relato de Leal, como en el de Cortázar, se va descubriendo el por qué de esa aprehensión, aunque también, mientras se lee, flota la ambigüedad de quién es ella: ¿una tarjeta de crédito, una mujer, una televisión?, para luego llegar a la conclusión tras de un intenso y agobiante recorrido.

"Delirio" es, válgaseme la expresión y el barbarismo, otro relato delirante puesto que, conforme avanzamos en la historia, enigmática y ambigua, nos vamos enterando de que una mujer menciona a un "Él" (¿el del delirio?), que la persigue y se entrega a él para, al final, hacer ambivalente el texto y, de nueva cuenta, dejar perplejo al lector.

Luego vienen los textos donde se producen las jugarretas del destino, las ironías de la vida, como sucede con "¡Qué poca madre!", donde un Cristo en su cruz, acompañado de Dimas y Gestas, piensa que esa actuación le proporcionará algún beneficio, pero resulta que sucede algo abajo, entre el público asistente

a la representación, y en un momento dado nadie les hace caso a los tres actores principales de esa ceremonia. Igual sucede con "Cambio de ruta", donde un chofer con mujer e hijos, además de otros "asuntitos" por ahí, decide que ahora sí va a cambiar de vida, va a sentar cabeza con una bella muchacha de cutis apiñonado y soberbio cuerpo. En su mente ya corren las imágenes de su nueva vida al lado de esa beldad, pero el destino hace lo suyo y cambia diametralmente la historia. Siento que éste es uno de los mejores cuentos del volumen, bien narrado, muy real y emotivo, con un desenlace previsible aunque no el esperado.

Ansiedad que persigue reúne también otro tipo de relatos de corte intimista como "Se llamaba Sara" o "Del tiempo recuperado"; luego los de índole contingente, donde todo está por suceder como "Extraña coincidencia", en el cual el personaje deja atrás todo su mundo, estable, para vivir o morir en una aventura; o el caso de "Una pareja diferente", donde el sujeto —centro de la acción—, luego de convivir con una rara mujer y con su absurda familia, comprende que debe poner punto final a una situación que lo rebasa y lo hace sumamente infeliz, para lo cual recurre a una pistola. En los primeros se recupera un pasado, o la reflexión sobre hechos pretéritos, como sucede en "De añoranza"; en los segundos todo está instalado en la incertidumbre del porvenir, del instante siguiente donde todo se decide.

Igual en el volumen se encuentran textos que no son muy afortunados, como "Tal vez un sueño", pero que, sin embargo, en el contexto del libro no desentonan ni dejan de tener las características generales temáticas que hemos señalado en las líneas anteriores.

En este primer volumen de relatos de Miguel Ángel Leal Menchaca, ya estaban presentes sus obsesiones y apremios que, después, se concretarían en *Mujeres abordando taxi* y luego en *Doce de cal*. *Ansiedad que persigue* es sin ninguna duda un libro meritorio y pujante, con fuerza y vitalidad, con los detalles

propios de una primera incursión en el género, los cuales son salvables y no afectan, en esencia, lo que es propiamente el cuerpo narrativo del tomo.

Obituario (Ed. Universidad Autónoma Chapingo, México, 1996. 66 pp.) contiene un grupo de historias determinantes y cruciales, las cuales nos llevan a la consideración de que "no somos nada" y debemos de entender a este "Obituario", en el sentido de lo que es la existencia humana: una fecha de nacimiento y otra de muerte, donde se resume el hacer y el deshacer. Sin embargo, el hombre, para siquiera conseguir un buen epitafio, pugna y sopesa los lados buenos y malos de su vida, los altibajos del destino para poder concretarse en lo que significa el padecer o el disfrutar, al que venimos a enfrentarnos en esta vida.

Obituario contiene narraciones verosímiles y contundentes, porque aun en sus finales sorpresivos —"como en "Capricho"—, está la certeza de que esa historia es terriblemente real, verdadera, y el rasgo común entre el joven homosexual y su padre macho es que ambos son, en estricto sentido, igual de "raros". También vienen algunos cuentos crueles y sórdidos para hacernos saber que el mundo es inhumano a pesar de los humanos. La nota roja, el pecado, las relaciones contranatura, los crímenes, la venganza, todas las etapas de la pasión humana pululan y se hacen presentes en las páginas de este muestrario de humanidad donde, como señala Cioran, está la parte del hombre que permite apreciar al santo.

Haciendo uso de un lenguaje crudo y no por ello menos depurado, el escritor zacatecano nos arroja al rostro la parte oscura del ser humano, los móviles más entrañables para llegar al crimen o al desprecio, pero también en este título nos entrega, para demostrar su capacidad narrativa, historias góticas y fantásticas. Tal sería el caso de "Resplandor en el atardecer", donde un espejo o el otro yo concibe y exalta el lado erótico de las monjas, la desinhibición de la carne que se concreta en la misma carne o en el lado onírico del espíritu.

Con *Obituario*, Leal Menchaca demuestra que sabe observar y narrar, que nada de lo humano le es ajeno y que todo, absolutamente todo, es digno de ser contado, narrado, siempre y cuando se haga con claridad y sencillez, sin falsa pompa ni escarnio. De los doce títulos reunidos en este volumen que ahora nos ocupa, la mayoría se sostienen por su intensidad y por la anécdota, porque no hay desperdicio y porque, con la pequeña ayuda del lenguaje, todos son verosímiles. Aunque también es justo y bueno decir que hay distintas intensidades que van de "La espera", donde una mujer hace uso de la Ley del Tailón y realiza su ansiada venganza, hasta el ritmo semi-lento de "Virna" y "La vuelta", donde el más allá hace acto de presencia. Sin ninguna duda, *Obituario* es un libro que deja una sensación de desasosiego en el lector, pero debemos decirlo, si no fuera así, acaso ni siquiera hubiera sido de nuestro agrado, porque un buen libro de cuentos, por principio, debe de conmovernos y éste lo logra.

Siguiendo con el hilo que lo conduce a presentar situaciones paradójicas y paradigmáticas, en su penúltimo libro, *Mujeres abordando taxi* (Ed. Universidad Autónoma Chapingo, México, 1997. 110 pp.) nuestro autor parecería que realiza un estudio de género o un pretexto para estudiar al otro(a), a la mujer. Pero no es así de entrada: es una exploración del lado femenino del ser humano, pero conforme se avanza en la lectura, vamos descubriendo que sí, en efecto, son mujeres al borde de un ataque de nervios, mujeres que están a punto de tomar decisiones significativas para el desarrollo y el devenir de sus vidas, pero también de otras vidas.

No obstante, las situaciones que plantea nuestro autor no son tan simples y ni siquiera se puede hablar de "género" en las historias. De pronto se descubre que en realidad el autor está señalando vicios y virtudes, actitudes y similitudes del género humano en su conjunto. Cuando Gustave Flaubert menciona "Madame Bovary soy yo", en realidad lo que intenta demostrar es que en la literatura no existen los sexos, sino las situaciones vitales y que, definitivamente, lo que conmueve al lector es la

anécdota y el cómo se cuentan las cosas, independientemente de quien escriba.

Contra lo que pregonan muchas escritoras feministas y hembristas, en el arte y sobre todo en la literatura no pueden existir termómetros o señales claras que determinen un género: es tan interesante leer a Virginia Woolf como a Henry Miller. Por eso, ante los relatos de *Mujeres abordando taxi*, bien se podría señalar que se entrega la historia de doce apóstoles femeninas que pregonan su condición de mujer, sin tapujos, valientemente, y con la convicción de que no son ni más ni menos, sino sencillamente género humano, dignas representantes de un sexo, expuestas a la misma explotación y situaciones que el otro sexo, el hombre. Las mujeres ahí narradas no existen ni están en el vacío: está la contraparte, los hombres, los machos, quienes intentan conquistarlas, seducirlas, abandonarlas.

Precisamente, para ser fiel a sus paradigmas y paradojas planteadas en sus tres libros anteriores, en *Doce de cal*, el nuevo título de Miguel Ángel Leal Menchaca, trata de hombres, de sujetos del género masculino, de machos, donde encontramos las condiciones particulares para hacer patente y explícito el dicho: “una de cal por todas las que han sido de arena”, sobre todo al ser ellos los abandonados, dejados, burlados, humillados y coronados con los terribles cuernos.

Desde *La Biblia*, pasando por *Madame Bovary* —lectura, por cierto, que realiza el personaje llamado “Doroteo” de la historia del mismo nombre— hasta los personajes de nuestras escritoras actuales como Ángeles Mastretta y Laura Esquivel, además de Mónica Lavín, Ethel Krauze y otras autoras, el perfil de las protagonistas femeninas se ha vuelto un estereotipo, el mismo que ha sido reforzado por las telenovelas: la mujer sufridora pero aguantadora. Leal Menchaca en *Mujeres abordando taxi*, por ejemplo, realiza otro tipo de planteamientos respecto del lado femenino de la humanidad: la mujer es vista como un sujeto independiente, ni subordinada ni como apéndice del hombre.

Ahora la nueva argumentación de nuestro autor va en el sentido de que también los hombres lloran, tienen derecho a la ternura y, si quieren, pueden hacer del baño sentados. En *Doce de cal* (Ed. Los libros de la Tinta Indeleble, México, 2001, 112 pp.) encontramos una galería de situaciones con hombres ofendidos, humillados, usados, mancillados. No podría ser de otra manera, puesto que la opresión y la maldad de los sistemas económicos, políticos y sociales no tienen sexo, sencillamente se da, sucede y repercute en el ser humano, sea hombre o mujer. Otra cosa que debemos notar en este panorama de maridos burlados que conforman este volumen, es la malicia literaria de nuestro autor para hacer paráfrasis, analogías y contundentes metáforas, las cuales nos permiten pensar en que debemos estar atentos porque, a lo mejor, el próximo cornudo puedo ser soy yo —toco madera—, o usted, querido lector.

La gran lección que nos proporciona Leal Menchaca es de que nadie está exento de la posibilidad del cuerno, que éste sí es como lo pintan. Que más vale cuerno leído (o visto) en cabeza ajena que en la propia. Estas doce faenas con los doce astados de distintas ganaderías y calidades, tiene páginas memorables como el de “La apuesta: cornudo o contento”, en las cuales un profesor quiere pruebas de qué tan proba es su cónyuge y hace una apuesta. Otras son las contenidas en “Las voces del engaño” (nos recuerda una salsa-historia a la manera de Rubén Blades), donde dos jóvenes descubren la imposibilidad de su amor por culpa de la infidelidad de los padres de ambos.

Mención aparte debe de tener un relato con una muy buena paráfrasis: un sujeto apodado “Pito dulce”, quien sin ánimo de albur, ha metido muchos sustos en su pueblo, lugares aledaños y circunvecinos, es llamado a cuentas y cuando le llega el momento de la justicia, pide clemencia y exige que no lo capen. Este texto nos recuerda irremediablemente el relato rulfiano de “¡Diles que no me maten!” y, precisamente, se llama “Diles que no me capen”, el cual, si nuestro autor no tuviera armas estilísticas y temáticas, además de mucha malicia literaria, el relato se

le caería, cosa que no sucede: se mantiene porque, de entrada, nos recuerda el relato “¡Diles que no me maten!” de Juan Rulfo, pero también porque es otro texto, renovado y revitalizado, que a la vez no tiene absolutamente nada qué ver con el texto del autor jalisciense como tal.

“Doroteo” es la historia de un mártir que pone las mejillas para recibir el castigo de su esposa y luego, como lo acostumbra nuestro autor de Zacatecas, viene lo paradigmático y paradójico: el sujeto que le ayuda a hacer justicia y lavar la afrenta, termina quedándose con la mujer y el taller del personaje, quien ahora tendrá que quedarse muchos años en la cárcel.

“La venganza”, “Era inocente” y “La familia pequeña vive mejor” son relatos emparentados con las narraciones de Rubén Fonseca o del género negro: hay dosis de violencia, generadas por el desamor, la frustración, la pasión y la necesidad de hacer justicia, además de que nos enfrenta y presenta finales inesperados, o no considerados como los que uno se podría esperar en ese tipo de historias, pero verosímiles totalmente puesto que son muy comunes en la vida real y llenan, a diario, la nota roja de los diarios.

Ironía, desparpajo, humor voluntario e involuntario y grandes dosis de sarcasmo se encuentran en “Matrimonio y mortaja”, “Extraña coincidencia”, “Una pareja diferente” y “Todas son iguales”, aunque con distintos niveles, pero en los cuatro textos hay la suficiente malicia y oficio literario, como para que no los soltemos y sigamos pegados a la lectura hasta saber qué está pasando con estos sensacionales cornudos o vikingos de antología.

Miguel Ángel Leal Menchaca por desgracia es poco conocido por la crítica, pero por su calidad innegable, por las historias que presenta, debería de tener una mejor suerte, una mejor crítica, mayor difusión y —eso sí tiene, me consta— muchos más lectores. Los méritos de nuestro autor saltan a la vista, porque narra de manera directa, sin ambages ni eufemismos, nos ofrece un material fresco y actual, clásico y tradicional —siempre han

existido las mujeres y los “cornudos” en la literatura— y sin embargo renovado, puesto que ahora, en su más reciente título, *Doce de cal*, se encarga del supuesto “amo de la creación”, el hombre, de sus incertidumbres ante el amor y sus peripecias ante el desamor.

Tendríamos sólo que advertir: cuidado con el cuerno del juicio porque es nocivo para la salud. En esta galería de astados, están doce formas de enterarse de cómo se puede sanchar y ser sancheado sin límite de tiempo, de cómo puede crecer el cuerno en cabeza ajena (creo) y, lo más importante, de este volumen (y los otros): nos conduce a la reflexión y a pensar en cuidar nuestra testa para que no nos la coronen.

Por lo demás, aparte de la reflexión implícita que contiene todo buen libro, estas obras de Leal Menchaca nos hacen ver su buen manejo de las herramientas literarias por lo que, espero, *Doce de cal*, *Mujeres abordando taxi*, *Obituario*, *Ansiedad que persigue* y *De veras maestro* (una selección de sus mejores cuentos de sus cuatro libros anteriores), se vuelvan lectura imprescindible para muchos lectores, que es precisamente hacia donde apuntan los libros: a la búsqueda de los lectores inteligentes que merezcan ese libro y los otros.

Bondojito-Chapingo-Iztapalapa, a 15 de marzo del 2004.